

3° PREMIO NARRATIVA

Carne de mar, de Carlos Mariano Poó (Tandil)

Las manos sudorosas ya no tiemblan. Nunca el lápiz y el papel me habían costado tanto. Un mensaje para ellos, para que acorte la angustia que seguro causará esa búsqueda frenética, probablemente infructuosa ¡No quiero pensar! ¡No debo hacerlo!

Un recuerdo vuelve de la región de la infancia. Un recuerdo de manos sudadas y temblorosas. De corazón agitado, rapidez de ideas. Siento que vuelvo a tener aquel libro entre mis dedos. Siento que vuelvo a los seis años. Repito la pregunta al dependiente que lo obliga a retirarse a la trastienda. El hombre de guardapolvo gris que se pierde, la media vuelta y chau. Luego vino la condena.

Otro recuerdo. Tengo siete años. Estoy entrando en mi casa de la mano de una niñera que trabaja en casa de una familia amiga. Son más de las diez de la noche. La niñera siempre me trae después de cenar.

¿Dónde estarás papá? Hay veces que sólo puedo recordar tu ausencia. Y eso duele. Porque la locura y crueldad del mundo te fueron encerrando, poco a poco, en una cárcel de tormento. De la cual ya nunca lograrías salir.

El dolor me oprime el pecho y la vida se me escapa por los poros. Ya no puedo retener la energía vital porque la gasto en un inútil combate, frente a frente, con la muerte. He visto lo que ningún hombre o mujer se atrevió a mirar. Y no me gustó. No quiero. Yo, la loba, no acepto este destino que se empeña en convertirme en oveja. Porque aun siendo oveja moriré como una loba. Con las fauces abiertas y las zarpas dispuestas y el pelaje erizado sobre mi lomo de loba, aunque me crean oveja.

Cierro la puerta suavemente. No quiero hacer ningún ruido. Todos duermen mientras yo deambulo como un fantasma ¡Pero si todavía no he muerto! ¿Con qué derecho me creo?

De repente me asalta otro recuerdo. Otra madrugada, otro lugar, otro tiempo. Ya estoy un poco más grande. La luz tenue de una vela me alumbra. Vuelvo a escuchar el ruido de la máquina de coser. Estoy junto a mi madre. Mis hermanos duermen.

Salgo caminando y gotas de lluvia me acarician el rostro. La noche cobija estrellas y luna bajo un manto de algodón. Todo me indica que, más que una tormenta, en el cielo hay una fiesta detrás del telón. Miro arriba y el oscuro techo me regala un relámpago azul. Un destello infinito se clava en mis ojos y me indica el camino que debo seguir: es por allí.

La luz del relámpago me retrotrae a un lugar que conocí. La fábrica de gorras de un judío en Rosario. Por un momento creo ver a una jovencita entre la multitud. Obreras y obreros avanzan, flamean banderas rojas y negras. La chica reparte volantes. Es un 1° de Mayo. Lo recuerdo bien. La joven soy yo.

Sacudo mi cabeza y digo: ¡Basta! Debo seguir. Sigue lloviendo. Camino un poco más de prisa.

Llego a una esquina y en eso me acuerdo aquel año de rodar la vida con la compañía teatral de José Tallaví. Por los caminos de Santa Fe, Córdoba, Mendoza, Santiago del Estero y Tucumán. Adentrándonos en los senderos de Ibsen o de Pérez Galdós. Pasando por las puertas de tantos cementerios donde Florencio Sánchez pudo haber enterrado a los muertos, sus muertos, que de tanto morir en el camino sembraron la vida de algún peregrino que, al igual que yo, se animó a seguir.

Continúa lloviendo en esta ciudad a oscuras. El reflejo de los relámpagos proviene del sur ¿Qué hará mi hijo ahora? ¡Mi hombrecito Alejandro! Seguro dormirás con la cabeza tranquila sobre la almohada, a diferencia de mí ¡Ay, Alejandro! En el regazo de otra femina encontrarás solaz.

Sé que comprenderás, me lo dijeron tus ojos cuando fuiste a despedirme. Ojos que no guardan secreto para mí ¡Ay, mí querido Alejandrino! Fruto prohibido de una maternidad sin ley. Te agradezco hijo porque fuiste el hombre que me hizo mujer, sin juez y sin papel.

Sigo caminando. Me parece escuchar un fox-trot. Aprieto con fuerza la medalla del Comité Argentino Pro Hogar de los Huérfanos Belgas. Es una forma de llamarte Horacio. De atraerte hacia mí. La música puebla los silencios nocturnos. No puedo Horacio, no puedo. Quisiera bailar, pero juro que no puedo. Un tizón de fuego me arde en el pecho ¡Ay Horacio! Vos conociste la mordedura venenosa de la sierpe del mal. Pues a mí también me mordió.

¡Ay Horacio! Quiso la vida que el Gran Silencio no me diera el beso que ungió con alas los labios ya fríos de Rubén Darío.

¿Por qué Horacio? ¿Por qué a mí? Yo que en la noche profunda de la pampa pude ver el llanto de refulgentes estrellas que mojaron el sueño de humanidad inquieta y que los gauchos bautizaron con el nombre de rocío.

Yo hubiese preferido que se posara en mi pecho una suave mariposa, aunque al menos fuera un precioso regalo de Quinquela, quien tantas veces regaló el prodigio que desbordó de su pincel y su paleta. Pero no, Horacio. También llevo dentro la tristeza del cardo ¡Oh, por favor! Ven y bésame. Apágame los ojos que el mundo me duele desde que se hizo la luz. Y el sol volverá pronto a tejer una nueva aurora, allí en el horizonte, uniendo un hilo de cielo y otro de mar. Y no quiero que llegue la mañana a reflejarme en la escarcha todas las auroras. Porque ahí sí que no tendré valor, Horacio.

Ya estoy cerca, siento el potente rugido del mar. Tengo el paso firme y sereno. El dolor comienza a abandonar mi cuerpo. Te he vencido, mal nacido. No dejaré que quiebres la fuente de poesía que nutrió mi alma. Se que puedo doblegarte porque muchas veces ya logré hacerlo. Maldito, tienes nombre de varón y por esa razón crees que puedes apoderarte de mí. Devorarme, hacerme presa fácil de tu capricho asesino. Pero no, porque mi nombre es Alfonsina. Nunca has de olvidar este nombre. Mi profunda herida en el pecho fue abierta hace mucho tiempo por otro a quién no culpo. Y fue agrandada por tantos otros a los que no vale la pena ni siquiera perdonar. Todos hombres, todos de tu mismo género. No combatas conmigo, no tienes posibilidad.

De golpe me acuerdo de él, el hombre que creía que no hacer nada era hacer lo que corresponde. Pobre infeliz, parado sobre el pedestal de su Guerra gaucha. Leopoldo, que risa me dabas. Como todo hombre orgulloso de su tiempo, de tu hora de la espada, nunca tuviste el coraje para enfrentar a una mujer y por eso el acto más digno de toda tu vida fue quitártela. Por qué me ignoraste Leopoldo. Especie de Flaubert criollo, no te privaste de tu Salammbô. Gracias por prodigarnos tu tedio. Pronto iré a reunirme contigo, así podrás seguir evitándome.

Ya casi llego. Presiento tu voluptuosidad. Eres uno de los pocos hombres que ha sido mi amigo y a ti me confío, en esta hora final. Ven mar bravío, bésame, en labios y ojos. Que de tu lengua quiero probar el azul violeta de tus besos de yodo. Que en la tierra no existe amante que pueda ceñir con los brazos como tú. Ven, no tengas miedo, soy solo una mujer enferma de poesía. Ven, no temas, abrázame. Quiero susurrarte al oído:

Mi cuerpo quería echar raíces,

Raíces verdes en la carne del mar.

